

La belleza, palabra que al pedir a alguien qué se le viene a la cabeza cuando se habla de ella nos dice “flores”; “obras de arte”, como cuadros o esculturas, colgados en paredes o sobre pedestales; “una mujer”, quizá heredera de esa diosa griega de la belleza, Afrodita; “los versos de un poema”, o “la fórmula de la proporción áurea $\frac{a+b}{a} = \frac{a}{b} = \varphi$.” Según la Real Academia Española, la belleza se define como: 1) Cualidad de bello. 2) Persona o cosa notable por su hermosura. Busco “bello”, y este término, un adjetivo, significa: 1) Que, por la perfección de sus formas, complace a la vista y el oído y, por extensión, al espíritu. 2) Bueno, excelente. “Que complace al espíritu”, es decir, la belleza es un valor que provoca admiración, la satisfacción, el gusto y el deseo de posesión, de algún modo, de esa verdad que repercute en nosotros. Sí, hay mil cosas que nos complacen y, sin embargo, muy pocas las que son bellezas. Este concepto al que me estoy refiriendo no es más que un fruto de convenciones sociales, pactos que se han ido haciendo de manera continuada, no diré que de manera inconsciente, y que depende de la sociedad finalmente.

Grandes filósofos han hablado de la belleza. Es el caso de Platón, que escribe en su obra *El Banquete* que la belleza es lo único que vale la pena contemplar. Para él es todo lo que causa aprobación o admiración, lo que agrada y fascina en cualquiera de sus formas, sin tener que ser necesariamente placentero a los sentidos. En el siglo XIII, Santo Tomás reflexiona sobre la belleza, que la atribuía a las condiciones de integridad, armonía y luminosidad. Estas tres características las veía en Dios, al que considera máxima expresión de la belleza, algo que Platón asociaba a la idea del bien. Otro gran filósofo, Edmund Burke, en su obra *Indagación filosófica sobre el origen de las ideas acerca de lo sublime y lo bello* relaciona la belleza con el gusto, que define como facultades de la mente que son afectadas por obras de la imaginación o las bellas artes, o que forma juicios sobre ellas. Por último me quiero referir a la *Crítica del juicio* de Immanuel Kant, donde, entre otras cosas, explica que algo es bello cuando resulta satisfactorio por el hecho de ser lo que es, sin ningún otro tipo de cuestión de utilidad o finalidad. Estos filósofos, Platón, Santo Tomás, Burke y Kant, explican que la belleza es lo que causa admiración, lo que gusta, lo que posee integridad, armonía y luminosidad, o lo que resulta satisfactorio “porque sí”. Pero, ¿qué causa admiración?, ¿qué posee integridad, armonía y luminosidad?, ¿qué nos gusta? y ¿qué resulta satisfactorio? No es posible contestar a estas preguntas desde el individuo, ya que sería “trabajar en condiciones ideales”: el ser humano vive en sociedad y ha evolucionado de este modo, así que funciona como un todo, tal y como sostiene la teoría del evolucionismo social. Las respuestas a estas preguntas, por consiguiente, se debe hacer a partir de la concepción de sociedad como unidad. Hay que admitir que hay individuos que poseen una conciencia y una

personalidad lo suficientemente desarrollada como para evitar generalidades dentro del conjunto humano, pero estos son casos insignificantes, en comparación con el resto de la humanidad, aunque no de menos importancia pues, muchos de ellos, dictarán lo que debemos sentir y estimar sobre aquellas evidencias que entonces nos será posible calificar como bello. Somos esclavos de la belleza, el por qué es que necesitamos, como animales sociales que somos, vivir en sociedad y ser aceptados, y la mejor manera para hacerlo es pensar lo que el grueso piensa, tal como ya supo ver Emile Durkheim. Claro está que, como ya he dicho, depende de la sociedad en la que te muevas. Por ejemplo, en el siglo XV y XVI, en Europa se dio el Renacimiento, un movimiento cultural que reivindicaba los elementos de la cultura clásica, griega y romana, y que nace de las ideas humanistas italianas; en Japón, en esa misma época, hay una sociedad gobernada por señores feudales en la que el arte empieza a aflorar con prácticas como la ceremonia del té, la pintura con tinta china o el drama japonés, todo muy influenciado por el budismo zen y la estética del wabi-sabi. Son dos sociedades que en aquel momento estaban separadas casi por completo y en las que la belleza era entendida según hubiera evolucionado cada una de ellas.

El planteamiento de belleza como convención social tiene un proceso, semejante a la estructura de revolución científica de Thomas Kuhn. Partimos de que la sociedad funciona como un todo en la que cada persona puede tener un pensamiento más o menos propio, pero que comparte unas bases comunes llamadas cultura. El proceso comienza con un período hipotético de libertad en el que cada uno opina, entiende relaciones y siente libremente, pero esto es oscilante puesto que no tenemos ningún tipo de contrastación para verificar nuestras respectivas posturas; cada una de las personas es autónoma, pero no es lo suficientemente capaz de proyectar sus percepciones al resto. Sería una situación similar a la que siente una persona que está enamorada, incapaz de dar razones sobre este estado e incapaz de poner a otro en su lugar. Hay individuos de personalidad y conciencia fuerte que en un momento determinado inserta en el conjunto social una idea lo bastante buena para que el conjunto de la sociedad, puesto a juicio, lo acepte. Este será el germen que se desarrollará y expandirá dando lugar a un nuevo paradigma en el que se moverán todos, donde la belleza estará en función de lo que éste establezca, que se considerará bello. A estos paradigmas les hemos puesto cánones, corrientes y movimientos, modas, religiones o, incluso, ideologías políticas. En la Grecia Clásica la belleza se hallaba en la perfección del cuerpo humano, donde el físico determina el interior de la persona. Se establece el canon de belleza de Policleto, que decía que el cuerpo debería medir siete cabezas para alcanzar la perfección. En la Edad Media la belleza es una cuestión religiosa que se alcanza con el cumplimiento de ciertas directrices en vida para alcanzar a Dios en la muerte. Más adelante en el Renacimiento, el retorno a los

elementos clásicos, la búsqueda de lo natural y la Divina Proporción, constituye otro paradigma. Esos serían algunos de los paradigmas, pero ¿quién propone el germen? Pues en Grecia está Policleto, quien propone el canon, pero antes, también los pitagóricos hallaron la importancia de la simetría; en la Edad Media fue la Iglesia Cristiana la que fundó estos pensamientos por toda Europa; en el Renacimiento, las ideas humanistas que provenían de Italia se extendieron al resto del continente, al igual que el canon de belleza de Leonardo Da Vinci, basado en las proporciones áureas. Pero no solo me quiero quedar en aspectos o situaciones lejanas y de dudosa proveniencia, así que pondré el ejemplo, en el siglo XX, de los totalitarismos europeos, en concreto el nazi en el que una persona, Adolph Hitler, cambia el pensamiento de la sociedad alemana que ahora encontraría la belleza en la hegemonía de su nación y en aspectos relacionados, en términos racistas, con la raza aria. Esto aún continúa pasando, aún más ahora debido a la globalización y a la interculturalidad. La gente no toma conciencia pues la forma en la que han de vivir en nuestro entorno es “sencilla y agradable”, cuando en realidad estamos esclavizados, no por personas concretas que proponen esos gérmenes de los que hablaba, como pasaba antes, sino por las grandes empresas multinacionales que gracias al poder del dinero tienen el mundo sumido en sus antojos. Ellas son las que cada año sacan un tipo de vestimenta, las modas, que increíblemente, o no tan increíble, seguimos, porque compramos ropa para vestirnos, con las que acabaremos creyendo de manera inconsciente que vamos bien. Esta sería la parte más evidente, pues relacionamos belleza con el cuerpo, sin embargo, esto va asociado a una manera de pensar y de vivir, enfocado, en última instancia, a lo que nosotros vamos a consumir, como decoración, películas, música, comida o marcas concretas, que también consideramos bellas. También el arte adopta los paradigmas que la sociedad impone. La religiosidad del Medievo, en obras como *Libro de buen amor* del Arcipreste de Hita; lo clásico renacentista en *El nacimiento de Venus* de Botticelli; o el dramatismo del Barroco reflejado en la recargada fachada de la Catedral de Santiago de Compostela. En el arte cabe detenerse, pues está considerado por todos como la máxima expresión de belleza. Es creado por un artista y con unas técnicas concretas, concebidas para ser contempladas por una persona distinta al autor, en la que crea o debe crear placer estético, esto es, que se considere como bello. El arte, es una constante de belleza que se acepta, pues cualquier persona enfrentada a *Las meninas* de Velázquez, un cuadro en el que hasta el aire contenido en esa habitación representada mantiene las proporciones áureas, a lo sumo, tendrá la osadía de decir que le gusta poco, pero no negará que esa obra es bella, porque nuestra sociedad por tradición nos dice que sí lo es.

El paradigma, de vuelta al proceso, se sostendrá de manera indefinida, porque la sociedad lo ha aceptado y se encuentra a gusto, o porque nos lo imponen empresas o

monarquías y gobiernos autoritarios. El paso de uno a otro solo se produce cuando, de nuevo, alguien propague el nuevo germen con una nueva visión de la belleza, repitiéndose el proceso.

En cada sociedad se entenderá la belleza de un modo distinto al que lo entenderán en otra, debido a la evolución de la misma, ahora bien, en todas existen unos sentimientos asociados a ciertas realidades y que es preciso diferenciar. Los sentimientos a los que me refiero se encuadran dentro de la estética, que es la parte de la Filosofía que estudia la belleza. En primer lugar, para que se pueda experimentar alguno de estos sentimientos, una persona tiene que percibir un objeto. A partir de aquí, podemos distinguir la belleza, lo sublime y lo grotesco. La belleza, como ya he dicho, sería aquello que en la sociedad como un todo considera agradable. En cambio, lo grotesco es el sentimiento contrario a la belleza que abarca todo lo que por su "fealdad", grosería o rareza acaba agradando al sujeto. Por último, lo sublime, desprendido del pensamiento de Kant y Burke, es aquella escena que produciría espanto y terror, y que, sin embargo, al ser contemplada desde una posición segura produce un nivel superior de placer o un dolor que es imposible soportar. Como límite del sentimiento estético, Kant propone el asco, mencionado en *Crítica del juicio* y que se entiende como un sentimiento de repulsión hacia algo causado por una excesiva extravagancia. No obstante, existe la posibilidad de hacer que algo asqueroso pase a ser algo que entenderíamos como bello, refiriéndome al poema *La carroña* de Baudelaire, en el que cuenta minuciosamente a su amada que él la querrá incluso cuando su cuerpo esté en estado de descomposición.

La belleza no es más que un fruto de convenciones sociales que aceptamos como verdades, porque la sociedad se entiende como un todo del que necesitamos sentirnos parte. Difieren las concepciones en los distintos sistemas sociales, pues la evolución, la cultura, es distinta en cada sociedad y por tanto la manera de entender la belleza. Pero no siempre se entiende de igual modo, va cambiando, y lo hace a base de revoluciones; tienen su origen en personas, empresas, o en órganos de gobierno que proponen o imponen un paradigma, o forma de entender la belleza, lo suficientemente bueno como para que el todo lo acepte. Independientemente de la sociedad, el sentimiento estético, que es el que entiende la belleza, aparece siempre que un sujeto perciba un objeto. Lo bello, lo sublime, lo grotesco y el asco, como límite de la belleza, es lo que nos es posible atribuir tras haber percibido algo. Significan lo mismo en toda sociedad, pero no se entienden de igual modo, por el ejemplo que ponía de la muerte para el terrorismo y para nosotros. La belleza al final debe encontrarla uno mismo, evitando caer en lo que la sociedad impone y generaliza, aunque sea muy difícil, pues esta debería depender solo y únicamente de aquello que sale directamente de lo más profundo de cada uno de nosotros.